J. SELGAS

NUEVAS
HOJAS SUELTAS

ESTUDIOS
SOCIALES

2

PQ6565
.S4
H6
v.2

1020027378

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

OBRAS DE SELGAS

V

ESTUDIOS SOCIALES

II

NUEVAS HOJAS SUELTAS

Núm. Clas 864.6
Núm. Autor S465n
Núm. Adq. 33846
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

NUEVAS

HOJAS SUELTAS

POR

DON JOSÉ SELGAS

100409

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22
—
1885

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEX.

33846

863
S.
PQ6565
.S4
H61
V.2

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

NUEVAS HOJAS SUELTAS

ADVERTENCIA

Los *estudios sociales compilados en este libro bajo el título de* NUEVAS HOJAS SUELTAS, *corresponden á la reputación de escritor honrado, ameno y profundo con que la fama distingue al ilustre Selgas. En ellos resaltan la sal ática, la pureza de dicción y el mágico estilo peculiares del autor de* HOJAS SUELTAS *y* MÁS HOJAS SUELTAS. *Hallábanse dispersos en varios periódicos de la Península y Ultramar, y ha sido preciso reunirlos en un tomo para sustraerlos á la vida efímera propia de las hojas periodísticas. La literatura patria gana en ello, por cuanto se enriquece con producciones de mérito relevante que en otro caso hubieran quedado oscurecidas; la memoria del autor se verá realzada con nuevos y gloriosos timbres, y los amantes de las bellas letras hallarán en esta nueva colección de artículos de Selgas, modelos que imitar, y gratísima satisfacción de sus aficiones.*

RESPUESTA Á EUSEBIO

Mi querido amigo :

He aquí que, al volver la hoja de un periódico, como quien vuelve la esquina de una calle, me encuentro manos á boca con un amigo antiguo, á pesar de que nos separan en el momento mismo de encontrarnos la friolera de millares de leguas, medidas sobre la superficie de los mares; ocasión indudablemente propicia para abandonar este último rincón de la vieja Europa por ese feraz archipiélago, que flota, digámoslo así, sobre los mares de Asia, cuna memorable del género humano. De modo que, acercarse á esas regiones, donde la naturaleza vive todavía por derecho propio, es como volver á la infancia.

Pero, ¡ya se ve!, por más que los adelantos del

siglo hayan suprimido las distancias, las dificultades de un viaje no están tanto en los inconvenientes del camino que se toma, como en la atracción que ejerce la casa que se deja. Mas no hay que afligirse por estas separaciones, puramente imaginarias, pues el vapor, que es el humo de nuestro siglo, y la electricidad, que es el rayo de las tempestades modernas, han acercado á los hombres entre sí de tal manera, que el mundo, engrandecido por la civilización, ha venido á convertirse en una casa de vecindad. Haga V., pues, cuenta que vivo en Manila; que yo, por mi parte, no tengo inconveniente en creer que lo tengo á V. pared por medio.

No me cabe duda de que el análisis es un procedimiento de averiguación científica, y que, aplicado, por ejemplo, á la química, conduce al conocimiento de los simples y de los compuestos. Descomponer una sustancia para averiguar los elementos de que se compone, equivale á contarse uno por uno los dedos de la mano para saber positivamente que son cinco.

En anatomía, la disección es absolutamente necesaria si hemos de saber la estructura interna de esta cárcel de carne y hueso en que vivimos prisioneros. En gramática y en retórica, conviene analizar las partes de la oración y los miembros del discurso, para que podamos enterarnos del secreto íntimo de sus mutuas relaciones. Por último, en filosofía, es permitido separar las ideas para

ordenarlas, porque el orden es la lógica de las ciencias.

Pero, ¿y el arte? ¿Qué cosa es el arte? Su fin, ¿es la belleza? ¿Y qué es la belleza? *El esplendor del orden*. Y la literatura propiamente dicha, ¿qué otra cosa es que una expresión del arte? Ahora bien: ¿cabe justamente en los términos del arte encargado de embellecer lo bueno, el análisis que descompone y la disección que destroza?

Nada más analítico que la corrupción, porque ella es la descomposición completa. Vamos: no he podido convencerme todavía de que se puede embellecer una rosa deshojándola.

De esta terquedad de mi entendimiento nace la antipatía que me inspira el realismo repugnante del arte actual, y las groseras disecciones á que se entrega la corrupción literaria de nuestros tiempos; y por eso condeno esa literatura analítica que todo lo despoetiza, lo desflora y lo diseca, lo mismo las más bellas ideas que los más nobles sentimientos. Cuando yo analice, desflore ó diseque de esa manera, le ruego á V. encarecidamente y por todos los Santos del cielo, que me tire un buen tirón de la manga.

No confundamos la descripción con el análisis. El poeta que pinte los campos de Rozas, pongo por ejemplo, ó cualquiera de los cuadros que ofrecen esas regiones, si lo traza con los colores propios, habrá hecho en los dos casos una obra de arte, retratando la verdad del paisaje; pero si los falsifica,

no serán sus cuadros más que obras imaginarias. Los tres conceptos del arte son : lo verdadero, lo bueno y lo bello. Dante no analiza el infierno, lo describe con sus propios colores, y el horror que infunde es el triunfo de su genio.

Creo que divago queriendo explicar el sentido relativo de mis palabras al condenar el espíritu analítico y demoledor de la filosofía positivista de que se halla informada la literatura que nos infesta, y que, analizando y disecando, ha llegado por arriba á negar á Dios, y por abajo á negar la virtud humana.

La verdad, como que no es nuestra, la debemos á todos, y el que la oculta la roba, y el que la mezcla con la mentira la falsifica. Esto no es un principio de literatura, es simplemente un principio de honradez. Mas si esto es así en cuanto á las verdades religiosas y morales, hay también un orden de tristísimas verdades que deben ocultarse, y en este punto es en el que la literatura analítica y demoledora de nuestros días encuentra complacencia descubriéndolas. No creo que tiene nadie derecho á avergonzar al género humano, degradándolo con el continuo espectáculo de sus propias miserias, verdad bien amarga y bien triste.

Me incita V. á que tome la defensa de los corazones inocentes, y lo hace V. con tal oportunidad, que cabalmente me encuentra V. con las manos en la masa. Hágase V. cuenta que tengo una hija que se halla en ese momento de encantadora confusión

en que el análisis de la vida no ha hecho todavía la desconsoladora distinción entre la mujer y la niña, entre la inocencia y la malicia. Imagínese V. si me inspirará interés la felicidad de esta alma que sonríe bajo la sombra de mi cariño. Pues bien: ¿cuál dirá V. que es el sistema de defensa que he emprendido? Consiste sencillamente en apartar de sus ojos todos esos cuadros de degradación humana que la depravación literaria de la civilización moderna arroja diariamente como pasto á la curiosidad pública. Me he propuesto que ignore todo lo que no debe saber, como la primera garantía de su inocencia.

Aplicando este sistema preventivo á esas regiones vírgenes, creo que el primer favor que puede hacérseles es ponerlas á cubierto de la corrupción que siempre acompaña á los siglos refinadamente cultos. Lo primero que hay que evitar es que el hombre se engañe á sí mismo, porque ese es el más triste de los engaños, y, ennoblecido y confortado por los nobles sentimientos, puede hacer frente á los engaños del mundo. Después de todo, la caída del hombre no tuvo otra causa que el ciego empeño de querer saber.

Yo no conozco más civilización verdadera que la del Evangelio, ni más derecho de conquista que el de la Cruz, ni más conquistador legítimo que el sacerdote. Calcule V. si yo habría de negar mis débiles fuerzas á la heroica empresa de enriquecer el mundo con los tesoros de la fe, única fuente de

perfección moral del hombre. En cuanto al desarrollo de los bienes materiales, debo confesarle á V. que soy poco aficionado al estudio de las ciencias económicas, y en este punto no podrían ser de grande utilidad mis consejos.

Aquí en esta vieja Europa, veo que se han aumentado prodigiosamente los medios de producir, pero al mismo tiempo veo levantarse la cuestión pavorosa del capital y el trabajo, de la miseria y el lujo, del pobre y el rico. Desventurado el pueblo donde penetre esa lucha desesperada, abierta en la sociedad moderna por el ciego utilitarismo de la economía política sin Dios, de la ganancia sin moral, de la riqueza sin caridad y de la pobreza sin virtud.

¿Qué quiere V. de esta pobre pluma? ¿Quiere V. que descubra la causa verdadera de los males que esas regiones experimentan? ¿Cree V. que es posible poner el dedo en la llaga? Deme V. el ejemplo, y prometo seguirlo.

Entre tanto, créame V.; lo ameno es mi encanto, no lo desdeño por fácil. Son, si V. quiere, flores pasajeras, pero á las que también ha concedido la naturaleza virtudes medicinales. Yo no puedo abrir cátedra de nada; cuento únicamente con la ligereza de mi estilo, bajo el que deslizo suavemente mi profundo amor á lo verdadero, á lo bello y á lo bueno; y si alguna vez logro inculcar en alguien mi propio sentimiento, me doy por satisfecho.

En fin, veámonos los sábados, hablemos, y continuaré esta carta, que ha crecido ya demasiado bajo la pluma.

Entre tanto, amigo mío, lo es suyo de veras su afectísimo

J. SELGAS.